EL ORFANATO

Todo se remonta a 2003, cuando mi padre cayó enfermo. Nadie sabía decirle lo que tenía.

Su enfermedad fue evolucionando hasta el punto de que no podía cuidar de mí. Fue ahí cuando decidió dejar a su hija de seis años, a mí, en un orfanato. La verdad es que lloraba por un cúmulo de cosas que no sabía cómo explicar del todo. Yo no sabía si iba a volver a ver a mi padre y toda esa situación me recordó a cuando mamá se fue un tiempo antes, también por otra enfermedad. Se suponía que se curaría y volvería, pero, como habréis deducido ya, no fue así.

Yo era muy lista para mi edad, todos lo decían, y eso no pareció gustarles a las demás niñas del orfanato; de hecho, parecía irritarlas muchísimo, cosa que, francamente, ni entendí ni entenderé. A mí me encantaba leer antes de acostarme, porque papá siempre me decía que eso espantaba los malos espíritus, y sí, en contra de las creencias de mucha gente que, o no cree que existan, o cree que solo existen los malos. Nosotros creemos, desde que tenemos uso de razón, que sí existen y que hay más buenos que malos. Mi madre, por ejemplo, seguro que es de los buenos.

El caso es que yo con esas niñas no me llevaba bien y siempre me hacían sentir mal con la excusa de "las bromas". Todo eran bromas, dichas de palabra, hasta que un día se les fue de las manos y me metieron, durante más de dos horas en el sótano del orfanato. Allí guardábamos la comida y las mantas y menos mal porque fue a la hora de cenar en una noche de invierno. Estuve sola llorando entre mantas hasta que, por fin, se abrió la puerta. Era mi profesora favorita, Sofía, pero todos la llamábamos Sofi. Me secó la cara y me preguntó mil y una veces qué había pasado y quién había sido, pero, como todas las veces que me encontraba llorando, bajé la cabeza y no contesté.

Al día siguiente pasé todo el día callada. Me venían todos los momentos de la tarde anterior a la mente. No era capaz de concentrarme en nada; lo único que podía recordar era la primera lágrima que había caído caliente por mi mejilla y esa

sensación de tener un elefante en el pecho y un erizo en la garganta. Pero el día continuó y llegó la noche. Fui a coger mi libro y no estaba. Yo no lo había tocado desde hacía dos noches porque la noche anterior no me apetecía ni siquiera leer. Le pregunté a la primera niña si lo había visto y me dijo que no; le pregunté a otra y tampoco, pero, al fin, di con una que me parecía saberlo. Dijo que estaría en el altillo, así que con decisión fui a mirar y así fue, allí estaban todos mis libros. De pronto oí un portazo. Me giré tan rápido como pude y allí vi la sombra de un grupo de niñas apresurándose, y la puerta cerrada. Corrí a la puerta para intentar abrirla, pero fue imposible. Mis manos temblaron y mi voz no lograba salir ni para pedir ayuda; perdí la cuenta del tiempo que estuve allí…

Y esta es la carta que me dejó. Yo soy Valeria, su mejor amiga…

Iris Gil Grimal 2º ESO